

LOS HALCONES
DE LOS



édici

*Vuelan los sueños de Leonardo
entre la guerra, el saber y el amor*



POPULAR



Martin Woodhouse
Robert Ross

COLECCIÓN POPULAR

851

LOS HALCONES DE LOS MÉDICI

MARTIN WOODHOUSE
ROBERT ROSS

LOS HALCONES
DE LOS MÉDICI



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 1978
[Primera edición en libro electrónico, 2022]

Distribución mundial

© 1978, Martin Woodhouse y Robert Ross
Publicado por acuerdo con International
Editors' Co. y Curtis Brown, Ltd.
Título original: *The Medici Hawks*

D. R. © 2022, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio,
sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-7530-9 (ePub)

ISBN 978-607-16-7414-2 (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

Sobre los autores

I

EL 11 DE AGOSTO del año de 1480, la flota invasora del sultán Mohammed II capturó la ciudad costera de Otranto, y con ello obtuvo una cabeza de playa en la Italia continental.

Cuarenta y seis galeras del poderoso Imperio otomano, impelidas por el abrasador viento de levante, llegaron a la costa justo antes del amanecer. En la primera hora de la tarde, la ciudad ya estaba en manos del joven comandante del sultán: Shan Khara.

Él no esperaba otro resultado. Su fuerza consistía en tres mil jenízaros —la élite imperial—, junto al mismo número de tropas de apoyo y doce pesados cañones. Éstos disparaban rocas de ciento cincuenta kilogramos, y Shan Khara disparó sólo un tiro de cada uno. Era el mejor artillero de toda Turquía y no le gustaba desperdiciar municiones.

Sus oponentes, los defensores de Otranto, eran menores en número y traían baja la moral. La guarnición contaba con apenas mil hombres armados, divididos en partes iguales por exiliados venecianos y napolitanos y por mercenarios fracasados. Otranto era una ciudad bastante agradable, aunque algo remota y desolada, con una población de más de veinte mil personas, pero para el soldado común ser apostado en ella era considerado como una sentencia a prisión que debía ser cumplida en la cloaca de Italia.

Esa sentencia la tenía bien merecida su comandante, el envejecido condotiero Segismundo Malatesta, por quien incluso el criminal más curtido de la tropa sentía una callada admiración, mezclada con desdén.

En sus días mozos, Segismundo Pandolfo de Malatesta había sido llamado el hombre más salvaje del mundo civilizado.

Había envenenado a su primera esposa y estrangulado a la segunda; había cometido incesto con su propia hija, y había violado a las hijas de muchos otros —habría que añadir que, ecléctico en sus preferencias sexuales, también había violado a los hijos—. En una célebre ocasión había violado el cadáver fresco de una joven noble alemana, asesinada accidentalmente por sus secuaces cuando intentaban secuestrarla. Excomulgado por esos crímenes, junto con los de falsificación, blasfemia y herejía, había sido quemado en efígie en Roma por el papa Pío II.

La simple excomunión, naturalmente, no habría sido ningún obstáculo en la carrera de un condotiero. Un líder de mercenarios es juzgado por una única norma: su efectividad en la batalla. En esto, para su desventura, Segismundo Malatesta cometió un pecado mucho más grave que aquellos por los que la Iglesia había renegado de él: era un fracaso militar.

Por ello, durante su madurez, sus patrones lo abandonaron y sus recursos disminuyeron. A la edad de cuarenta y siete años, fue obligado a aceptar una cruzada en Esparta por la penosa cantidad de trescientos florines al mes. A su regreso, en un ataque de resentimiento, cometió el error final de intentar asesinar personalmente al sucesor

de Pío II, el papa Pablo II. Ahora, amargado, con sesenta y tres años, feo, corpulento y devastado por los demonios gemelos de la sífilis y la gota, defendía un depósito menor de provisiones venecianas en el talón meridional de Italia. En Rímini, su ciudad natal, lo creían muerto desde hacía doce años.

Un rápido conteo de naves invasoras le indicó a Malatesta, al amanecer, que ni él ni Otranto tenían esperanza alguna.

Una hora después, su apuesto, joven y despiadado oponente, Shan Khara, cimbró una sección de la torre de la catedral con su primer disparo de cañón a manera de demostración, y abrió un boquete en la muralla de la ciudad que daba al mar con los siguientes once tiros. La primera oleada de rugientes jenízaros, con túnicas blancas y blandiendo cimitarras, se encontró con una resistencia sólo simbólica de los aterrados defensores; la segunda, con ninguna en absoluto.

Shan Khara entró plácidamente a Otranto. Primero ordenó que arrasaran con aquellas zonas de la ciudad que no le eran necesarias para sus fines; luego, antes de decidir qué hacer con la población, civil y militar, trepó por las escaleras hasta el cuartel de Malatesta con cuatro de sus tenientes y, en un italiano impecable, le solicitó al mercenario vencido la rendición formal.

—¿Cuáles son sus términos? —preguntó Malatesta. Su espada yacía en una mesa frente a él.

Shan Khara parecía desconcertado.

—¿Términos? —preguntó—. Ninguno. Ha caído su ciudad y está ahora en las manos del todopoderoso y misericordioso Alá.

—Soy consciente de ello —contestó Malatesta—. Le pregunto cuál es el rescate que pide por mí y cuál es el precio que pone para el salvoconducto de mis tropas. Sus armas y armaduras son de usted. Necesito provisiones para una marcha de tres días a Tarento.

—No le entiendo —repuso Shan Khara—. Ni usted ni ellos irán a ninguna parte.

—¿Entonces? —preguntó el condotiero—. Seguramente no pretende masacrarnos.

—¿Por qué no?

—Porque —respondió Malatesta— hacerlo sería tan inútil como incivilizado. Además, ciertamente haría que Roma, Venecia y Nápoles cayeran sobre usted como un enjambre de avispas. Si nos trata con justicia, entonces las ciudades-Estado lo verán como un hombre con quien vale la pena negociar. ¿No es ése su propósito último? Y también —añadió astutamente— le dará varias semanas de ventaja que puede usar para volver a fortificar Otranto.

Una sonrisa de disgusto cruzó por el semblante del turco.

—Le prometo, si así lo desea, que no mataré de inmediato a sus hombres —dijo—. Tengo mucho trabajo y, por lo mismo, necesidad de esclavos, que construirán las fortificaciones que requiero, y usted trabajará al lado de sus hombres hasta que muera, como le corresponde a un infiel y a un cobarde.

Al oír eso, Malatesta estrechó un brazo sobre la mesa y empuñó su espada. La giró un par de veces, mientras examinaba la hoja.

—¿Qué hace? —preguntó Shan Khara.

—Parece ser que hemos estado hablando de cosas distintas —contestó Malatesta—. Soy un mercenario, y me bato a sueldo. Si me derrotan, trato de negociar justamente con mi adversario. Creí que podía entender eso —Malatesta se enderezó y miró al joven comandante turco—. Estoy demasiado viejo para cavar zanjas, y no tomo a bien que un perro pagano me llame cobarde. Defiéndete.

Shan Khara, indiferente, se encogió de hombros.

—Aprésenlo —ordenó.

Malatesta mató a dos de sus tenientes antes de que sus cimitarras estuvieran fuera de las vainas. Mientras rodeaban la mesa, blandió brutalmente su acero de izquierda a derecha y el filo de su espada se enquistó profundamente en sus gargantas. Pero, en su caída, las túnicas de lino que vestían enredaron a Malatesta, quien sólo pudo herir a un tercero antes de ser doblegado. Momentos después, yacía sobre su espalda con el pie de Shan Khara sobre la garganta.

—Me retracto —afirmó el turco brevemente—. Al menos, no eres un cobarde —dejó caer su pesada medialuna de acero y la cabeza de Malatesta rodó lejos de su cuerpo, que se estremeció una vez para después yacer inerte.

La pérdida de dos de sus oficiales dejó a Shan Khara con un humor de velada irritación toda la tarde. Cuando vio el dosel de dorado satín del galeón particular del sultán

Mohammed llegar entre la flota que estaba en la boca del puerto, subió a bordo y se postró.

—Señor —le informó sencillamente a su soberano—, nos tratarán como comerciantes si no les enseñamos lo contrario.

El sultán Mohammed II se detuvo un momento a considerarlo. Estaba reclinado sobre la espalda de un diván de ébano y un manto de piel de gacelas persas envolvía sus enormes hombros. A pesar de tener cerca de sesenta años y una fiebre recurrente, su mirada todavía era penetrante y gobernaba su imperio como lo había hecho desde su ascenso en su juventud, administrando justicia personal expedita a sus súbditos y una implacable e inhumana crueldad a sus enemigos. Tenía dos vástagos, a quienes consideraba inútiles, por lo que miraba a su joven comandante como alguna vez había esperado mirarlos a ellos.

—¿Qué harías? —preguntó el sultán.

—Señor, les daré una lección —repuso Shan Khara— y, al hacerlo, a toda Italia.

—Entonces, da el ejemplo con ellos —dijo el sultán—, pero recuerda que el Corán nos conmina a ofrecerles la salvación, si la aceptan.

Shan Khara desembarcó una vez más al atardecer y descargó su ira con una pronta y terrible eficacia. El arzobispo de Otranto, quien durante la breve batalla había permanecido en su altar implorando la ayuda de Dios, fue cortado en dos ante las puertas de la catedral. El gobernador civil sufrió el mismo destino, después de que su esposa y sus dos hijos fueran destripados frente a sus ojos.

Al resto de los habitantes de la ciudad, Shan Khara les ofreció una elección sencilla: la conversión al islam o la muerte. Aquellos que renunciaron a su fe fueron esclavizados como trabajadores manuales o como galeotes en las embarcaciones turcas. Las mujeres más jóvenes y mejor parecidas fueron reunidas para esperar su embarque a Constantinopla; las de mayor edad o con achaques fueron abandonadas en el árido campo circundante, donde la mayoría murió de hambre.

Aquellos que se rehusaron a la conversión fueron llevados a la cima de una pequeña colina que dominaba el pueblo; eran alrededor de doce mil, y todos fueron asesinados. Unos fueron utilizados como blancos vivientes para los arqueros de Shan Khara; otros, desmembrados o descuartizados, a manera de diversión, por tiros de caballos; otros más fueron empapados en aceite y quemados vivos, y las llamas que los ajaron sofocando sus gritos de agonía iluminaron el cielo hasta muy entrada la noche. Los cuerpos de todos fueron arrojados a los perros.

Habiendo así purificado a Otranto y mientras el hedor de la carne calcinada se cernía sobre ella como una mortaja, Shan Khara se dispuso a volver a fortificar la ciudad, particularmente el flanco que daba hacia tierra firme. Tenía más de cinco mil esclavos a los cuales encomendarles la tarea y, si acaso el tiempo del que disponía para completarla le preocupaba, no dio señales de ello.

A más de seiscientos kilómetros de la escena de esos sucesos, un hombre y una joven estaban sentados en el

pequeño jardín amurallado de una villa en las colinas toscanas, a un día de camino de Florencia. El aroma de los viñedos endulzaba la desfalleciente luz, y la noche prometía ser calurosa y seca.

La joven era Bianca María Visconti. Tenía diecisiete años y su familia había gobernado alguna vez la poderosa ciudad septentrional de Milán; pero los Visconti estaban diseminados ahora en el exilio en Francia y en los Países Bajos, y su primo, Ludovico Sforza, la había dejado bajo la custodia de la corte de Florencia. Era condesa de Abbiategrosso, aunque su título había sido virtualmente olvidado del todo por los demás y significaba poco para la propia Bianca.

Era de estatura media, esbelta y hermosa. Su cabello era largo y rubio, y tenía la piel apiñonada tenuemente pecosa. Sus labios eran, para aquellos que la admiraban, sugestivamente carnosos, y su espíritu y su andar eran como los de una libélula.

En ese instante llevaba menos ropas de lo que su tutor florentino, Lorenzo de Médici, hubiese considerado apropiado. En realidad, debido a que el aire de la tarde era bochornoso y recientemente había servido como modelo para su amante, Bianca estaba sentada, desnuda, sobre una pañoleta de seda. Una mancha de carboncillo se asomaba por arriba del pezón de su pecho izquierdo.

Su acompañante vestía una camisa de lino abierta hasta la cintura y unas calzas de color rojizo. Medía un poco más de un metro ochenta y era de amplio pecho y cintura estrecha. A la distancia parecía ser de constitución delicada, pero podía enderezar la herradura de un caballo a

mano limpia y era bien sabido, por alguna apuesta, que podía detener un semental tomándolo de la brida mientras pasaba al galope a su lado. Estaba bien rasurado y tenía el cabello rubio cenizo. Sus ojos eran de un pálido azul —el azul del hielo, decían algunos— y se hundían profundamente bajo unas espesas cejas rubias. Tenía veintiocho años.

Estaba en cuclillas, como un sastre, detrás de un pequeño estanque ovalado repleto de las hojas y los pétalos de unos lirios de agua. A su lado, sobre una piedra, descansaba una lámpara encendida y en una mano sostenía suave y delicadamente un murciélago. La criatura sacudió de lado a lado la cabeza y chilló ante tal osadía, pero, deslumbrada por la luz cercana, no hizo ningún intento de volar para reunirse con la colonia de sus compañeros, que descendían en picada y se abalanzaban sobre los mosquitos que pululaban sobre las negras aguas del estanque.

—¿No es bello? —dijo Bianca, inclinándose hacia delante—. ¡Mira sus orejas!

—Es bella.

—¿Disculpa?

—Es bella. Coincido con tu juicio, pero el ejemplar es hembra —explicó Leonardo da Vinci.

—Y ¿cómo lo sabes? —preguntó suspicazmente Bianca.

—Por el estudio minucioso y paciente de los murciélagos. Por eso.

—No te creo. Puedes saber mucho, pero siempre estás *diciendo* que sabes la respuesta a preguntas de las que no sabes absolutamente nada. Admítelo.

—Ciertamente no —repuso Leonardo—. Después de todo, también te he estudiado por mucho tiempo, y no encuentro mayor dificultad...

—Pero yo no soy un murciélago —Bianca levantó sus brazos y los extendió voluptuosamente—. Y esas cosas más que prueban mi género son fácilmente perceptibles. ¿No es así, Leonardo?

—Y bellas más allá de cualquier comparación —contestó Leonardo—. Aunque, por otra parte...

—Por otra parte, ¿qué?

—Dado que no podemos preguntar, no podemos saber si sería igualmente obvio para un murciélago. ¿Percibes la dificultad?

—Veo que estás a punto de ganar otra discusión.

—Estando al aire libre, siempre gano las discusiones —repuso Leonardo—. En la cama, nunca. Es un espléndido arreglo. Toma.

—Sí —respondió Bianca—. Dámelo, pobre criatura. Lo estás maltratando, o a ella —alargó la mano y sintió las garras del murciélago asirse al extremo de sus dedos—. ¿A qué se debe tu interés en los murciélagos?

—Vuelan.

—Éste no parece querer hacerlo.

—Lo hará, cuando apague la lámpara; es un ratón volador. Y, si un ratón puede volar, ¿por qué no podría hacerlo un hombre?

—Porque un hombre es demasiado pesado, incluso si pudiera fabricarse un par de alas.

—Y no lo suficientemente fuerte para moverlas. Así es —le dijo Leonardo sonriendo—. De hecho, creo que tienes

razón, querida.

—Apaga la lámpara —dijo Bianca—. Nos tiene miedo.

—Ella sabe que no queremos lastimarla. ¿A qué te acuerda?

Bianca inclinó la cabeza y examinó cuidadosamente el murciélago.

—¿Quizás a una gárgola? —sugirió—. Supongo que es por eso por lo que la gente estúpida teme a los murciélagos: se parecen al demonio o a alguno de sus diablillos. Apaga la lámpara, Leonardo.

Él obedeció. El murciélago se deslizó por la palma de Bianca y extendió las coriáceas alas. Chirriando, alzó el vuelo y desapareció.

—Personalmente —dijo Leonardo, mitad para sí mismo —, me imagino a Satán, si es que acaso lo imagino, parecido de alguna manera al conde de Imola. Apuesto en el exterior y, no obstante, podrido por dentro, por lo que puedes ver sus ojos y ver a través de ellos el mismísimo abismo del infierno.

Bianca se estremeció.

—No hables de él —suplicó—. Te traerá mala suerte. Ven adentro.

Si, como muchos creen, hablar del diablo es invocarlo, entonces Girolamo Riario, conde de Imola y capitán general del ejército de Roma, se asemejaba a él en más aspectos que los que Leonardo sugería. Dos días después, el viejo Jacopo subió a la colina desde el pueblo y llamó a la puerta de la villa.

—Roma está a punto de interrumpir su quehacer amoroso —anunció.

Leonardo le extendió un florín y una copa de vino.

—¿En la persona de quién? —preguntó.

—Del conde —repuso Jacopo, y escupió.

—¿Lleva escolta con él?

—Una compañía de florentinos, señor. Me sorprende que no le hayan cortado la garganta antes.

—Debe llevar consigo un salvoconducto de Lorenzo de Médici —sugirió Leonardo—. Te agradezco por ser mis oídos, amigo Jacopo —y se dirigió a encontrarse con Bianca, quien cepillaba su cabello junto al estanque del jardín.

—¿Cuándo aprenderé a confiar en tu intuición, corazón mío? —preguntó—. Riario está aquí, en la villa.

De inmediato, Bianca se puso en pie, alarmada.

—¡Entonces debemos partir ahora!

—No —contestó Leonardo—. Creo que estamos lo suficientemente seguros.

—¿Seguros? ¿De ese carroñero romano? ¿Cuántas veces ha intentado asesinarte, Leonardo? —Bianca se cubrió los ojos con las manos—. Lo siento —prosiguió más tenuemente—. No debería portarme como una niña histérica, pero, de algún modo, la simple idea de Girolamo Riario me hace estremecerme de horror. Otros han tratado de matarte, pero él parece hacer que la muerte sea más inmunda y repugnante de lo que ya es.

Leonardo la tomó suavemente de las muñecas.

—Yo mismo no soy demasiado afecto al conde —admitió—, pero ahora parece estar acompañado por una escolta de

Florenxia.

—Pero ¿cómo puede ser eso?

—Simple, creo —explicó Leonardo—. Los turcos han desembarcado en tierra italiana. El año pasado predije que lo harían, ¿o no? Roma, entonces, debe fortalecer sus alianzas lo mejor que pueda y, consecuentemente, ha perdonado a Florenxia nuestras terribles ofensas en contra de la Iglesia; ofensas, como sabes, como haber derrotado a Riario en Castelmonte y no haber permitido a los agentes de Roma asesinar a Lorenzo de Médici como lo hicieron con su hermano. Ese tipo de ofensas. Anímate, mi amor. Si pudieras vestirte de manera un poco menos provocativa que de costumbre quizá puedas, incluso, ofrecerle algún refrigerio al capitán general de Roma.

—¡No! Primero le escupiría en la cara —declaró Bianca—. No me importan nada las amistades políticas ni las alianzas, que son tan asquerosas como él. ¡Ten cuidado!

Leonardo la besó.

—Dado que tiene a media Florenxia con él —le dijo—, es probable que cuando menos yo sobreviva a este encuentro.

Recibió a su visitante a mediodía, en el espacioso salón de la villa. Girolamo Riario, de cabello negro y vestido con una coraza de acero estriado con una cruz en un hombro, estaba acompañado por un nuncio papal, tres pajes y su guardaespaldas personal. Este último era un hombre alto, de unos cuarenta años, con unos párpados marcadamente caídos sobre los ojos.

Detrás de esos seis hombres estaban formados unos quince soldados florentinos a las órdenes de un capitán de

infantería, y la atmósfera resultante estaba muy lejos de ser cordial. Girolamo Riario, ciertamente, no vio razones para ser cortés. Después de todo, era el sobrino reconocido del papa Sixto IV, aunque había más de un par de personas que iban más lejos y decían, abiertamente, que era el bastardo no reconocido del Supremo Pontífice.

—Debe acompañarme a Roma —anunció—. Ahora.

—¡Vaya! —repuso Leonardo—. ¿Por órdenes de quién?

—De aquel que es su señor, Lorenzo de Médici.

—Ya veo. Podrá sorprenderle saber —dijo Leonardo— que, aunque Lorenzo de Médici es el señor de Florencia y el mío, no siempre obedezco sus órdenes.

—No me sorprende en lo absoluto —espetó con desdén el conde—, dado que mantiene a su protegida como su meretriz.

—Señor —respondió Leonardo amablemente—, permítame aclararle las cosas un poco, dado que debe entenderlas. Me imagino que tiene un pedazo de papel en algún lugar que le garantiza el libre tránsito por nuestra república, ¿lo tiene? Así lo suponía. Bueno, conde, si no usa la lengua con un criterio civilizado, pondré ese salvoconducto entre sus dientes y lo patearé todo el camino hasta las faldas de la colina que acaba de subir con tanto esfuerzo. ¿Me he explicado lo suficiente?

—Y nosotros lo ayudaremos a hacerlo —murmuró una voz tenue e identificable entre los soldados florentinos, quienes miraron inocentemente hacia el techo cuando Riario se volvió a mirar en su dirección. Se volvió de espaldas nuevamente y se escucharon risas. El conde apretó los dientes.

—Muéstreme sus órdenes —sugirió Leonardo.

Riario le extendió un rollo de pergamino, que el artista examinó minuciosamente antes de devolverlo.

—Lo seguiré en unos cuatro días —dijo secamente.

—Eso no es lo que le dictan las órdenes. Le ordenan acompañarme hoy.

—Ya lo sé —repuso Leonardo—. ¿Debo explicarlo una vez más? Yo no obedezco las órdenes ciegamente, sino sólo en la medida en que estoy de acuerdo con ellas. Me complacería que usted regresara a Florencia inmediatamente, lo que no lo alejará demasiado de su camino, para buscar a tres de los artilleros del capitán Rigo Leone. Usted tiene motivos de sobra para estar familiarizado con los artilleros de los Médici, ¿no es así? Veo por su rostro que así es. Bueno, no me importa cuáles de ellos me otorgue el capitán Leone, pero los mandará aquí para escoltar a la señorita Bianca Visconti, sana y salva, de vuelta a la ciudad. Cuando ellos lleguen yo abandonaré esta villa, y no antes. Tampoco pretendo cabalgar a ningún lado en su compañía, Girolamo, ya que mi espalda es un amplio blanco para los cuchillos errabundos y prefiero viajar con la mente tranquila. Y, ahora, póngase en marcha. Me encontraré con usted en Roma.

—Su Santidad sabrá de su insolencia —dijo Riario.

—Estoy seguro de que lo hará —respondió serenamente Leonardo—, y, como puede ver, la idea hace que mis piernas tiemblen. De cualquier modo, no tengo necesidad de Sixto. Es Sixto quien al parecer tiene necesidad de mí. En esto, por una vez, muestra el palpitar de la sabiduría,

puesto que es posible que sea yo el único hombre que pueda salvar a Italia de los turcos. Buen día.

—Un tipo seguro de sí mismo —dijo el hombre de los ojos encapotados, mientras cabalgaba al lado de Riario por el polvoriento camino a Florencia—. Y, hasta cierto punto, impresionante.

Su nombre era Antonio da Narni, aunque algunas veces era conocido —como lo había sido su abuelo— por el apodo de Gattamelata, el felino de ojos color miel. Tres generaciones de la familia Narni habían servido a Venecia como mercenarios, pero los servicios que Antonio ofrecía a la ciudad eran de una naturaleza más especializada que los de su padre o los de su abuelo. Por el momento y por razones propias, Venecia había puesto esos servicios a las órdenes de Girolamo Riario.

—Es hijo bastardo de un notario de provincia y una sirvienta —dijo Riario—. Es todo. Aunque debo admitir que se ha convertido en una espina en el costado de Roma.

—Pero es improbable que pueda salvar a Italia de los turcos.

—Es presuntuoso, por supuesto que no puede.

—Y, aun así, fueron sus cañones los que te desalojaron de Castelmonte hace dos años —prosiguió Antonio da Narni con deliberada persistencia—. ¿Fue eso simple presunción?

Riario no contestó de inmediato y Narni acercó su caballo. Al mirar a su empleador, vio en el rostro del conde una expresión tan perversa, tan fríamente malvada que retrocedió y dejó que su montura se quedara atrás unos cuantos pasos.

—Fue un ataque sorpresa —dijo Girolamo Riario después de un momento. Su voz sonaba engañosamente serena—, bien ejecutado, concedo, pero nada más que eso.

—¿Lo fue? —repuso Narni—. Bueno, veremos lo que debamos ver. Yo sirvo a Venecia, y Venecia cree que Leonardo da Vinci es un hombre de cuidado. Un hombre, quizás, que estaría mejor muerto.

II

—¿QUÉ ES lo que intentan los turcos? —resopló el papa Sixto IV, mientras sus dedos tamborileaban nerviosamente en los brazos de su incrustada silla—. ¿Cuál es su propósito? ¿Es posible que lo consigan? ¿Se imaginan que pueden someter toda Europa a su dominación pagana? Nosotros creemos que sí. Por eso es por lo que los hemos reunido, en hermandad y en paz, para determinar qué debe hacerse para impedirlo *a cualquier precio*.

Se calmó. Sus ojos saltones iban de uno a otro lado, temerosos, pero calculadores.

Los poderes comercial y militar de toda Italia parecían estar reunidos en la biblioteca del Palacio Apostólico en Roma. Y no sólo de Italia. El embajador del rey Luis X de Francia estaba presente, así como los enviados del rey de Hungría y Maximiliano de Austria. El embajador general de España estaba sentado junto al cardenal Rodrigo Borgia, él mismo de ascendencia española. Parecían aburridos, a la manera de los españoles, pero su expresión contradecía su verdadero sentir.

De la propia península itálica, las ciudades-Estado de Milán, Florencia, Génova, Ferrara, Siena, Bolonia, Lucca, Mantua y Monferrato estaban representadas. Ferrante de Nápoles, a cuyo territorio pertenecía la ciudad de Otranto, había llegado a Roma en persona y, como un gesto de buena voluntad a Florencia, había retirado de la Toscana a

su hijo, Alfonso el Terrible. Entre Roma y Nápoles había poco amor. Ninguno habría apoyado al otro si su enemigo común no hubiera sido el largamente esperado y ampliamente temido sultán del Imperio otomano. Y así era entre muchas de esas ciudades cuyos delegados estaban presentes. Cada una había sido bruscamente sorprendida por la invasión y la caída de Otranto, cada una buscaba la cooperación de sus compañeras y todas buscaban, además, su propio beneficio.

O quizá no todas. De la asamblea, sólo dos hombres estaban por encima de la contienda, considerando sólo lo que era mejor, y no lo que era más conveniente para los intereses de uno o los de otro. Uno de ellos era Leonardo da Vinci y el otro era el cansado y canoso hombre de cincuenta años sentado junto a él: el canciller apostólico de Roma, el cardenal Domenico della Palla. Esos dos personajes, artista y prelado, tenían de conocerse apenas treinta y seis meses y, no obstante, probablemente eran los únicos en el salón que habían conseguido fraguar una amistad sincera entre ellos. Era una amistad precaria, quizá, cuya calidez era, en su mayor parte, cuidadosamente disimulada por ambos hombres, pero existía y era creciente.

Se sentaron a la espalda de la asamblea, como correspondía a quienes no tenían hacha que blandir. Leonardo estaba dibujando en su libreta; a su lado, el cardenal Della Palla mostraba su disgusto ante tal informalidad permaneciendo erguido y escuchando con aparente atención la renovada perorata del Supremo Pontífice.

—Si los fieles desean conservar sus tierras —espetaba Sixto IV—, sus hogares, sus esposas, sus hijos, su libertad y sus vidas, si desean mantener aquella fe en la que todos hemos sido bautizados y a través de la cual nos enmendamos, entonces que confíen por fin en nuestra palabra, que tomen las armas y que luchen.

—Y que también tengan el cuidado de mirar por sobre su hombro mientras lo hacen —murmuró Leonardo, imperceptiblemente, excepto para el cardenal Domenico della Palla—. Señor, soy un erudito sin un centavo y muero de hambre. Deseo fervientemente tener la bendición de cenar esta noche con usted.

—Falta mucho para la cena todavía —susurró el cardenal Della Palla con severidad—, pero, ciertamente, puedes tomarla en mis aposentos, si me garantizas que tendré la bendición de tu silencio en este momento.

Algunas horas después el papa Sixto IV los condujo a un pequeño privado, donde se dirigió a Leonardo y al conde Girolamo Riario.

—Leonardo da Vinci —dijo—, eres nuestro amado hijo en Cristo, sin importar los pecados que hayas cometido en contra de la Iglesia en tiempos pasados. Te hemos convocado a Roma por la obra de Dios. Toma la mano, entonces, del excelentísimo capitán general de nuestros ejércitos, Girolamo Riario, conde de Bosco y de Imola. Prométenos que toda la enemistad entre ustedes está terminada, puesto que tienes una formidable tarea que cumplir, que es la de expulsar a los paganos de los dominios que mantienen en el reino que nos ha concedido

Dios Todopoderoso, y no podemos permitir que busquen dañarse entre ustedes mientras lo consiguen.

La sonrisa de Riario era amplia y semejante a una trampa de acero.

—Va mi vida en ello —dijo el conde, y extendió su enguantada mano derecha. Leonardo la estrechó entre la suya—. No deseo daño alguno —dijo, y se arrodilló brevemente para besar el anillo papal antes de partir.

—Un erudito sin un centavo, ciertamente —dijo el cardenal Domenico della Palla—. Sé muy bien que Lorenzo de Médici te ha otorgado treinta mil florines por tomar Castelmonte. Y te brindó la finca toscana a cambio de aquel reloj engarzado que le enseñaste el año pasado.

—Mi señor, se equivoca —repuso sonriente Leonardo—. Simplemente he tomado prestadas su finca y su villa. Es verdad que se me ha ofrecido como un obsequio, pero no puedo llevar una finca cuando viajo, y las anclas me inquietan.

El canciller apostólico lo miró con suspicacia.

—Bueno —dijo—, en todo caso, me atrevo a decir que no te pagó por tu correría en Venecia, tanto si rescataste a su protegida como si no. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es, mi señor. Me reconvino un poco, pero fue todo; tiene una lengua que azota como un látigo, pero no significa nada.

Estaban en los aposentos del cardenal en el Palacio de Letrán, que miraban hacia la Plaza de San Juan. El salón era austero y pulcro, con la mayoría de sus muros ocupados por hileras de libros encuadernados en piel.

Della Palla rio.

—¿Bebes vino, Leonardo? —preguntó, con la mano en la cuerda de una campanilla—. Te confieso que yo no, pero, en cuanto huésped de un erudito famélico, me atrevería a decir que puedo encontrar un poco.

—Le agradezco, su Eminencia —repuso Leonardo—, pero el vino me es indiferente. Cuando estoy en compañía del capitán Leone y sus artilleros lo bebo, porque sería un insulto no hacerlo. Aquí, puedo obviarlo.

—Y ¿en compañía de la señorita Bianca Visconti?

—Mi señor —contestó llanamente Leonardo—, cuando ella está conmigo no necesitamos vino para ser felices.

Un sirviente llevó una cena fría en varias bandejas. Cuando el canciller apostólico hubo servido los dos platos, regresó a su argumento.

—¿No supondrás, hijo mío, que me convencerás de aprobar tu relación con ella? —dijo—. ¿Cuántos años tiene?

—Tiene diecisiete, mi señor, y por lo tanto es una mujer adulta. Y debo añadir que tiene su propio criterio, es muy independiente.

—Eso he escuchado por boca de sus tutores en Florencia, a quienes, por cierto, ha visto muy poco durante este verano. ¿Hablas con ella? Es decir, ¿aparte de cosas como el amor y la pasión?

—Por supuesto.

—Y ¿de qué hablan?

Leonardo sonrió.

—¿Últimamente? De murciélagos.

—¿*Murciélagos*? ¿Por qué de murciélagos? —Della Palla levantó una mano precipitadamente—. Retiro la pregunta

—dijo—, dado que ya conozco la respuesta y no te he invitado a compartir la cena para escuchar más de tus fabulaciones a propósito del vuelo. ¿Por qué no te casas con ella?

—¿Con el permiso de quién? —contestó Leonardo—. Es muy poco probable que alguna vez se nos conceda el permiso de casarnos, como Su Eminencia sabe perfectamente.

—Deja de llamarme “Su Eminencia” —repuso malhumoradamente el cardenal Della Palla—. El nombre que me fue dado cuando fui recibido por Dios es Domenico.

—Señor... mi señor... —contestó Leonardo un tanto confundido—, no sé si pueda sentirme...

—Pensándolo bien —interrumpió el canciller—, dejemos las cosas como están. Estaba a punto de sugerir que usaras mi título cada vez que tu conversación pudiese ser ofensiva, herética, subversiva, desafiante o cualquier otra cosa que me disguste. Para regresar a tu desafortunada relación con la señorita Bianca... espero que seas consciente de que Maximiliano de Austria busca su mano en matrimonio.

Leonardo apartó lentamente su plato.

—No, *no* lo sabía —dijo—. ¿Está seguro?

—Nunca digo algo de lo que no esté seguro. Es cierto. Te ofrezco esta información como un presente, porque el estar prevenido es también estar preparado. Y ahora —prosiguió el cardenal Della Palla—, regresemos a Roma y a los turcos. Su Santidad recibirá demasiadas promesas grandilocuentes a propósito del día de hoy, pero muy poca ayuda. Mi red es

vasta, como sabes; escucho cosas y se sabe que en ocasiones las anoto.

—Que es por eso por lo que el poder de su oficio es más grande que el del papado —contestó Leonardo—. ¿Y bien, mi señor?

—Nápoles, que es la que está implicada directamente, no puede ayudarse a sí misma —dijo Della Palla—. Debe combatir con todo lo que tenga a su disposición. Florencia puede proveerle quince galeones; Génova, cinco; Venecia, ninguno; Ferrara, quizá cuatro; Siena, tres; Bolonia prometerá dos, pero sólo enviará uno. Lucca, Mantua y Monferrato pueden enviar un solo barco cada una, si acaso. La misma cuenta se mantendrá respecto a los hombres y el dinero. Nada llegará a tiempo para atacar a los turcos en Otranto. Por ello, si pretendes hacer algo útil, debo señalar que probablemente estarás solo. ¿Quieres una manzana?

—Gracias. ¿Tienen miedo? —preguntó Leonardo.

—¿Quiénes? ¿Las ciudades-Estado? Me atrevería a decir que están confundidas. Mientras el tiempo pase y nada ocurra, y nada ocurrirá porque el sultán Mohammed se contentará por el momento con quedarse donde está, relajarán su vigilancia y comenzarán a llevar a cabo sus asuntos habituales, que son pelearse entre ellas.

Leonardo mordió la fruta que le ofreció el cardenal.

—¿Está seguro de que el sultán no hará nada? —preguntó.

—Razonablemente, sí. ¿Por qué haría algo? Concedamos que ha logrado un objetivo: poner nerviosa a Italia y a la mitad de Europa. Y luego ¿qué? Ha elegido bien su primer golpe, porque la ocupación de Otranto le da el control de